

INMIGRACIÓN Y ETNICIDAD

CARLOS J. CIPITRÍA RODRIGUEZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

INTRODUCCIÓN

A principios de este año comencé una investigación en la que trataba de averiguar, por medio de entrevistas en profundidad a inmigrantes peruanos establecidos en la ciudad de Madrid, la percepción que éstos habían tenido del choque cultural que conlleva todo proceso migratorio, así como las estrategias de adaptación que habían adoptado para incorporarse a la sociedad española y los discursos que habían generado respecto de ésta. Una de las hipótesis de partida, que podría dar por confirmada aún cuando la investigación dista mucho de haber finalizado, suponía que las redes de amistad establecidas en nuestro país estarían formadas preferentemente por compatriotas, y que las pautas de sociabilidad se encontrarían fuertemente encauzadas por el calendario y las prácticas de la sociedad de origen.

A todos nos parece lógico buscar la compañía de aquéllos que comparten nuestro conjunto de significados, nuestros códigos. Por tanto, nada más previsible que constatar que los peruanos prefieren unirse en sus ratos de ocio con otros peruanos, con los que comparten no sólo un discurso moral y de sentido, sino también actividades culturales tan significativas como comidas, canciones, bailes y fiestas. De esta forma, podríamos concluir que la aparición de minorías étnicas es más el resultado de una elección consciente por parte de sus miembros que de la presión ejercida sobre ellos por la sociedad global ante la que se constituyen como grupo. Y de hecho esto es lo parecía desprenderse de algunos de los discursos

recogidos; sin embargo, un análisis más atento debería ponernos alerta respecto a este tipo de explicaciones sencillas, que pierden de vista el papel definidor del grupo mayoritario y la importancia de las relaciones de poder (económico, político, cultural, simbólico,...) a la hora de establecer categorías sociales.

La presente comunicación pretende por ello reflexionar respecto al papel de la sociedad dominante en la formación de grupos étnicos a partir de los movimientos migratorios, así como sobre la función dinamizadora que las minorías étnicas pueden asumir en las modernas sociedades europeas, sobre todo en un momento histórico en el que las posibilidades de cambio parecen cerradas por la tendencia uniformadora del proceso europeísta y el agotamiento del discurso de izquierdas tras la caída del comunismo real.

INMIGRACIÓN, SOCIEDAD GLOBAL Y MINORÍAS ÉTNICAS.

La vida social se construye sobre la base de una infinidad de experiencias compartidas a través de la práctica diaria. Es la propia vida en su acontecer, y el cúmulo de actividades y sentimientos colectivos que acarrea, lo que religa a los sujetos y les impele, a través de un proceso de identificación y diferenciación, a formar agregados más o menos definidos y a establecer límites entre ellos. Por eso los grupos sociales -y el conjunto de valores, lugares e ideales comunes sobre el que estos se erigen-; experimentados y sentidos a nivel emotivo

mucho antes de abordar cualquier proceso de racionalización, son pensados por sus miembros como naturales y estáticos, y no como el producto contingente del juego social y de la historia. Nos encontramos así ante una reificación de las categorías y clasificaciones sociales, que son apreciadas no como el resultado de una ordenación semántica de las relaciones entre los hombres, sino como algo sustancial y previo a la misma sociedad.

La etnicidad ha sido tradicionalmente una de esas categorías sustantivizadas. Hasta hace bien poco las ciencias sociales, desde una posición esencialista, consideraban cada etnia como un todo perfectamente delimitado, resultado de la manifestación de una cultura, una lengua e incluso una psicología específicas. Esta perspectiva, que probablemente es la que continúa funcionando al nivel del sentido común, fue cuestionada por F. Barth (1976), quien nos mostró que la etnia es ante todo una categoría de adscripción cuya continuidad depende del mantenimiento de una frontera y, por lo tanto, de una codificación constantemente renovada de las diferencias culturales entre grupos vecinos.

Las ideas de Barth, que pronto encontraron eco entre la comunidad científica, abogaban por un desplazamiento de la unidad de análisis a la hora de estudiar la etnicidad. Lo importante no sería ya la etnia como sustancia, sino el juego de relaciones y resemantizaciones que la producen y la mantienen. Sólo a través de un análisis relacional podemos tener presente que la cristalización de minorías étnicas remite desde siempre a procesos de dominación política, económica o ideológica de un grupo sobre otro, y que las fronteras interétnicas, lejos de ser estáticas, son continuamente reedificadas y

renegociadas por los grupos en ellas contenidos. Así un nuevo grupo puede surgir de la entrada en juego de nuevos agentes sociales; pero también a partir de una redefinición de las características de identificación en la sociedad mayoritaria, que puede dar lugar tanto a la división o escisión de un grupo previo como a la amalgamación de varios grupos en uno.

Y esto nos lleva al papel de los procesos migratorios en la emergencia de nuevos grupos étnicos, que en un principio tomaría la primera de las vías señaladas. Existen situaciones en que la comunidad de destino es experimentada por una serie de sujetos fuertemente; es entonces cuando éstos centran su atención en aquello que les une, siendo más factible su agregación en grupos. La inmigración crea una de estas ocasiones propicias. El inmigrante se encuentra tras su viaje en una sociedad que no comprende, por lo que se ve obligado a tomar ciertos rasgos de su cultura de origen, la única herramienta de que dispone para adaptarse al nuevo medio y dotar de sentido su vida, y reelaborarlos a fin de enfrentar la nueva situación. Rechazado como diferente por la sociedad de acogida, y no olvidemos que sólo en su relación frente a ella cae el inmigrante dentro de la categoría que tal término designa, se ve abocado a un proceso de reacculturación, a través del cual se construye un nuevo grupo étnico en torno a esos rasgos reelaborados. Pero no es una decisión individual la que rige este proceso. En realidad es la sociedad global quien impone ideológicamente los caracteres que constituyen la norma social y, por lo tanto, quien define qué grupos se alejan de tal norma. Son relaciones de poder, establecidas de arriba hacia abajo, de la sociedad global hacia el grupo

definido, las que en primer término dan lugar a la aparición de minorías étnicas, lo que no impide que dichas minorías, una vez en marcha, puedan jugar un importante papel a la hora de facilitar tanto la estabilidad como la cohesión entre sus miembros.

MINORÍAS ÉTNICAS Y DINAMIZACIÓN SOCIAL

La etnia, hemos visto, no es nada en sí. A. C. Taylor (1996) ha dicho que la etnia es simplemente "lo que hacen los unos y los otros", aunque creo que sería más correcto definirla como lo que dicen los unos, la sociedad global, respecto de los otros, el grupo minoritario, ya que los primeros nunca se reconocen a sí mismos como etnia. No obstante, tal vez por su característica de ser apreciada por los agentes sociales como sustancia y no como relación, la etnicidad puede facilitar la adaptación de los inmigrantes al sistema cultural de la sociedad de acogida. Así R. Crespo (1997) encuentra tres aspectos en los que la formación de grupos minoritarios contribuye a una mejor inserción (comparto con el autor la idea de que este término es más apropiado y menos sesgado ideológicamente que el de integración) de dichas minorías: de un lado los grupos facilitan la reelaboración del papel social de los inmigrantes en el nuevo contexto, de otro les permiten abordar las situaciones de conflicto frente a la sociedad receptora desde posiciones más equilibradas y, por último, favorecen la transmisión de valores a las nuevas generaciones y, en consecuencia, un menor grado de conflictividad entre padres e hijos.

Personalmente creo que, al menos mientras no cambien mucho las cosas en el sistema

educativo de las sociedades de acogida, el tercer punto es más un deseo que una realidad, y que los descendientes de los inmigrantes -mucho más a caballo entre dos mundos de lo que lo están sus padres ya que se ven sometidos a una doble aculturación y a una doble imposición de normas en ocasiones contrapuestas- serán en los próximos años uno de los grandes retos de nuestro país (como de hecho ya lo son en países de mayor tradición migratoria como Francia o Alemania). Pero es en el segundo de los aspectos enunciados por Crespo (1997), el del papel reforzador de los grupos en casos de conflictos, en el que quiero centrarme para terminar. Mi impresión es que las minorías étnicas, por su enorme potencial de conflicto, por su característica de oposición a la norma social o cultural, pueden llegar a asumir el papel de dinamizadores sociales. Ya he señalado que la etnicidad permite establecer coherencia y cohesión en las relaciones horizontales entre los miembros del grupo; pero el establecimiento de grupos permite también establecer canales de comunicación hacia arriba, por medio de los cuales reclamar cambios en las relaciones de poder. La posición ambivalente del inmigrante, derivada de su necesidad de acomodarse a los usos y leyes de la sociedad en la que vive unida al esfuerzo por mantener su identidad y eludir la discriminación, le lleva a presentar demandas al sistema dominante que no podrán ser continuamente desoídos. En este sentido, las minorías étnicas podrían muy bien cumplir el papel transformador que la conciencia de clase no fue capaz de cubrir.

Por otra parte, el hecho de que una sociedad presente una serie de minorías étnicas implica la existencia de fronteras, de límites. Y las fronteras han demostrado en la historia de la

humanidad no ser sólo lugares de oposición y rechazo, sino también de intensa creatividad, de intercambio y de mutuo enriquecimiento, tanto económico como cultural; puntos de encuentro y de tensión en los que la necesidad de confrontar y negociar diferentes categorías, diversas formas de entender y construir el mundo, suscita la curiosidad por lo ajeno y el cuestionamiento de lo propio. Debemos de esperar que algunos individuos tanto de la sociedad global como de las minorías -los curiosos, los inquietos, los inconformistas, los innovadores...-, se aventuren a explorar esa tierra de nadie en la que las normas se relajan, y que de sus interacciones y reflexiones surjan propuestas que nos ayuden a buscar nuevos caminos y a elaborar nuevas categorías.

La inmigración es sin duda un fenómeno molesto en este fin de siglo en que Europa construye su futuro como nación de naciones. Los inmigrantes, con sus diferentes modos y costumbres, con sus cultos, sus bailes, sus fiestas, sus comidas o sus ropas, nos recuerdan la diferencia en un momento en que lo que pretendemos es construir la identidad. Pero no debemos engañarnos; por muchos Schengen que pactemos, por mucho que queramos alejarlas, las fronteras seguirán existiendo entre nosotros. No es decidiendo que tal o cual forma de pensar el mundo es más correcta que otra como debemos construir la convivencia. Si algo resulta evidente, y más desde la antropología, es que la humanidad es culturalmente discontinua, que toda forma de explicar el mundo, todo sistema de sentidos, es en última instancia contingente. Por ello la interculturalidad, el establecimiento de puentes entre grupos y de canales de comunicación que permitan la búsqueda de consensos más allá de las imposiciones a que lleva el juego de

mayorías y minorías, debería de ser una de las bases para una futura construcción europea. Y creo que en ese camino es mucho lo que tenemos que decir y que aportar desde la antropología social.

BIBLIOGRAFIA

- BARTH, F. 1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, F.C.E.
- CRESPO UBERO, R. 1997. "Cultura de origen y cultura de migración" en VV.AA. *II Informe sobre migración y trabajo social*. Diputació de Barcelona, Servei de Serveis Socials.
- LISÓN TOLOSANA, C. 1997. *Las mascararas de la identidad*. Barcelona, Ariel.
- SCHNAPPER, D. 1988. "Modernidad y aculturaciones" en Fernández Martorell, M. (Ed.), *Leer la ciudad*. Barcelona, Icaria.
- TAYLOR, A.C. 1996. "Etnia" en Bonte, P. Y Izard, M. (Eds.) *Diccionario Akal de Etnología y Antropología*. Madrid, Akal.